

# La crisis azul. ¿Qué hacer en el PAN?

Víctor Alarcón Olguín / Seminario México

MÁS ALLÁ DE LA ESTRIDENCIA MEDIÁTICA, los conflictos que se viven en el partido gobernante deberían ser un asunto de importancia capital en el marco del persistente inmovilismo político que se percibe en esta parte del sexenio. Las polémicas intrapartidarias existentes indican la presencia de un problema de pugna sustancial entre los diversos grupos que intentan mantener su presencia dentro de los espacios directivos del PAN. Llámense liberales, “yunquistas” o solidaristas (si se les quiere ubicar conforme a ciertos contextos de identidad ideológica); o bien como foxistas, dieguistas, creelistas o calderonistas, bajo la premisa de vinculación con alguna de las personalidades o líderes en turno, nunca como ahora hubo una proliferación de fracciones que estén claramente peleando por los recursos de poder e influencia con que cuenta la agrupación.

Esto se suma al hecho de que desde el año pasado se ha dado la salida de los precandidatos y sus bases de apoyo que han sido derrotados por la contradictoria tendencia a centralizar los procesos decisorios de nominación por parte de la dirección nacional del panismo, situación que ha traído como consecuencia un descenso creciente de las preferencias electorales en el nivel nacional, costándoles, como sabemos, su mayoría relativa en la Cámara de Diputados, la pérdida de las gubernaturas en los estados que estaban bajo su control e incluso la dimisión anticipada de su dirigente, como ocurrió con Germán Martínez.

El diagnóstico entregado por la comisión partidaria de reflexión que analizó las causas de la derrota electoral panista en 2009 no sólo ubicó el problema de la centralización como un punto relevante, sino también reconocieron que hubo pobreza e inconsistencias en materia de propuestas

y contenidos programáticos. Bien a bien, los panistas no saben con claridad cuál es su agenda, y cómo ésta implica vincularla con la acción del gobierno.

Por ejemplo, hoy vemos a un PAN ultra-conservador que se ha venido expresando contra las bodas gay y el derecho de adopción por parejas de un mismo sexo, contra la despenalización del aborto, la eutanasia asistida, a la prolongación de las actividades nocturnas en antros y bares, y que mantiene un muy cuestionable silencio ante la pederastia. Todos estos son temas sobre los cuales el componente filoreligioso que un sector del PAN pretende imponer como síntesis y expresión predominante termina por ser sólo una vía para explotar prejuicios antes que propiciar debates serios dentro de un ambiente laico y tolerante. Lo paradójico es que esta suerte de radicalización de su discurso no se ha traducido en avances electorales sustantivos, salvo en algunos estados. En cambio, las consecuencias del retroceso han sido funestas y la dinámica de buscar chivos expiatorios es prolija, pero inútil.

Las pugnas del PAN hoy tienen varios frentes notorios con diversos niveles e intensidades: Germán Martínez contra Manuel Espino; Fernando Gómez-Mont contra César Nava, Gabriela Cuevas contra Demetrio Sodi, Mauricio Fernández o Manuel Clouthier Carrillo contra Felipe Calderón. El “fuego-amigo” —expresión de uso común entre los panistas— se muestra como el principal problema de cara al intento de fijar posiciones rumbo al proceso de relevo presidencial en 2012. El problema es que no hay voces prominentes que estén intentando colocarse en el difícil esfuerzo de tender puentes y evitar así rupturas más directas entre todos estos grupos.

En cambio, lo que parece ocurrir en el PAN es la repetición del problema existente a principios de los años noventa, relativo a cuál sería el mejor camino para propiciar el cambio democrático en el país. La diferencia es que ahora el PAN está formalmente en el poder y sin embargo, prevalece en ellos la duda de qué hacer frente al PRI. Mientras que un sector se orienta por compartir el poder con ellos, existe otro sector que insiste en promover la ruptura final del viejo sistema.

Una de las acusaciones mutuas constantes entre los sectores críticos a Fox —y ahora a Calderón— se refiere a que el PAN realmente no gobierna, y si lo hace, no es bajo el amparo de la ideología albiazul. Persiste la idea de que hay más preocupación de quedar bien con el PRI que con su propio electorado y militancia. Por su parte, los llamados “prianistas”, que se han venido fortaleciendo al ocupar varias posiciones importantes dentro del gabinete, señalan que es inconveniente provocar el distanciamiento con el viejo partido hegemónico, sobre todo con una economía frágil y en el marco de la creciente guerra contra el narcotráfico, por lo que han mostrado su desacuerdo acerca de promover en este año de 2010 alianzas opositoras con el PRD en varios estados de la República.

De esta manera, las voces del debate en ambos lados del espectro hablan de que el PAN debe convertirse en una organización de corte abiertamente liberal (Germán Martínez), o bien orientarse a un “nuevo comienzo” desde el horizonte demócrata-cristiano, como lo ha manifestado Manuel Espino, quien ahora se ha lanzado a criticar el “entreguismo” de Felipe Calderón y su grupo compacto a manos de Manlio Fabio Beltrones, y más recientemente acusa el viraje mostrado hacia Enrique Peña Nieto, mediante las operaciones políticas del secretario Fernando Gómez-Mont y el actual presidente del PAN, César Nava, tratando de “matar dos pájaros de un tiro” respecto a destruir la coalición dominante que ha intentado regir hasta ahora los destinos del partido.

El crecimiento del control partidario mostrado por el llamado sector “dieguista” del partido (en espacios como la Segob o la PGR), supone que el liderazgo de Calderón sigue todavía en la tarea de abrirse espacios para nivelar la balanza interna frente a los grupos regionales que habían adquirido fuerza precisamente vía la organización del Yunque impulsada por Fox en el sexenio pasado, pero que ahora se han ido desdibujando e incluso provocado fracturas y distanciamientos importantes, como ha ocurrido desde el año pasado en zonas como Aguascalientes, Jalisco, Puebla, San Luis Potosí, Veracruz o Tlaxcala.

Adicional a este problema de organización y equilibrios, como ya se indicó líneas atrás, el PAN posee serias dificultades

de cara al proceso sucesorio de 2012. El presidente Calderón ha echado mano de buena parte de sus piezas de confianza y éstas se han diluido en forma muy rápida (o bien han desaparecido trágicamente como ocurrió con Juan Camilo Mouriño). Echemos un repaso rápido.

Germán Martínez primero salió del gabinete y se hizo a un lado de la dirección partidaria después de la derrota electoral en 2009. Hoy, el ataque inmisericorde a César Nava, pese al empeño inicial de Calderón por colocarlo al frente del partido, muestra cómo se están inclinando los compromisos al dejarlo mediáticamente solo en este trance. Otro correligionario cercano, como Juan Molinar Horcasitas, está por enfrentar las responsabilidades que se le pretenden fincar por el caso de la guardería ABC, situación que los panistas no entienden cuando por otra parte se sigue premiando a los funcionarios de extracción priísta que controlan al sector financiero desde el Banco de México, la SHCP o más recientemente la BMV, como es el caso de Luis Téllez, pese a la denuncia presentada por Purificación Carpinteiro respecto a sus acciones en la SCT, dado que ahora ella ha pasado a ser la parte acusada.

Ernesto Cordero y Gerardo Ruiz Mateos, hoy aparentes herederos de las preferencias calderonistas, tienen ya un historial negativo entre los sectores que han visto su paso poco productivo por las secretarías de Desarrollo Social y Economía, respectivamente. De esta manera, el menos expuesto del grupo calderonista es por ahora Alonso Lujambio, quien desde su arribo a la SEP ha tenido que ir solventando la interacción obligada que surge con otro de los aliados que se han significado en los años de gobierno panista, como lo es el SNTE y su dirigente Elba Esther Gordillo, con quien se han tenido que pactar espacios y candidaturas. Como puede verse, la baraja calderonista se encuentra agotada y demasiado sobreexpuesta al desgaste de la opinión pública. Adicionalmente, el relegamiento al Congreso de Josefina Vázquez Mota y Francisco Ramírez Acuña precisamente ha producido el resultado contrario al esperado, ya que se tiene un grupo parlamentario con cada vez menores capacidades de negociación debido a la distancia creciente entre los diversos sectores del partido y de éstos con el gobierno.

En el campo no calderonista, las aspiraciones de Santiago Creel parecen no haber muerto, pero muchos de sus correligionarios (especialmente los que mantiene dentro del ámbito senatorial, pese a su desplazamiento de la coordinación del mismo) no han corrido con suerte en la búsqueda de las candidaturas para gobernador, lo cual disminuye en mucho sus posibilidades de operación directa si se piensa en una elección nuevamente sustentada en la consulta a militantes.

A diferencia del año 2005, cuando se enfrentó a Calderón por la candidatura presidencial, Creel no cuenta hoy con el aparato de Estado, y ello implicaría ahora repetir paradójicamente la ruta estratégica que le permitió a su entonces adversario llegar a la nominación: primero tener una presencia importante en el Consejo Nacional a renovarse en el mes de mayo próximo, desarrollar un gira de alcance nacional separado de cualquier tipo de cargo, y que le permita tener contacto directo a ras de tierra con la militancia; y que uno de sus adeptos pudiera ganar la presidencia nacional de cara al término del interinato de César Nava en el mes de diciembre de este año (si es que éste último no renuncia antes de la fecha prevista).

Pese a esta situación, el panorama de nuevos contendientes que pudieran posicionarse de aquí al próximo año (ninguno de los gobernadores actuales del PAN cuenta por ahora con una imagen o capacidades relevantes que les haga despuntar en la carrera, pese a los esfuerzos de notoriedad que quieren generar los de Guanajuato y Morelos) hace que el partido gobernante debiera preocuparse sobremanera frente al crecimiento del PRI gracias a la acción cooperativa de los “prianistas”; mientras que por otra parte, los vínculos de alianza con el PRD no están surtiendo todo el efecto esperado debido a su propio desgaste interno.<sup>1</sup>

El argumento de abrir los espacios democráticos en los estados donde el PRI no ha sido derrotado no parece ser suficiente para quienes observan con espanto esta mezcla inusual entre “agua y aceite”, una situación que paradójicamente es cuestionada por diversos líderes panistas o perredistas, cuando muchos de ellos las promovieron con esos mismos argumentos años atrás.

Trabajos académicos recientes como los de Soledad Loaeza<sup>2</sup> llaman efectivamente a reflexionar acerca de las “responsabilidades del triunfo” a las que se debe enfrentar todo partido opositor que ha llegado al poder mediante la vía electoral. El tema resulta más elocuente porque esto ocurrió desde el ámbito de la derecha, en total contrario a lo que se suponía era el contexto ideológico del electorado mexicano, mayoritariamente colocado en la dimensión formal del centro-izquierda.

Estas inconsistencias son esenciales para comprender las precarias condiciones con las que el propio PAN ha operado en un proceso de alternancia sin mayorías consistentes y con carencia de equilibrios internos que definan el rostro de lo que dicho partido es —y ha pretendido hacer— a lo largo de la década que ha estado al frente de la presidencia. El temor a tener una crisis similar como la de los años sesenta, setenta o noventa sin duda permea en el ambiente, pero resulta claro que si el PAN no adopta una posición ideológica y programática clara, su muerte no sólo será lenta, sino dolorosa y desconcertante para muchos, especialmente para aquellos que se vincularon con el partido albiazul ya una vez instalados en el poder.

Es tiempo de que el PAN se mire en el espejo. Quizás lo que encuentre a la vista no sea de su agrado, pero es preferible hacerlo, en lugar de que siga viviendo en la ficción donde sus mismos integrantes se han colocado. Sus electores, su militancia y el debate político que se requiere en estos momentos para México así se los exige, en la urgencia de que tengan respuestas serias ante la crisis, la violencia y la apatía insoportable que inundan nuestras calles y conciencias.

## COMENTARIOS

*Gustavo López Montiel*

TECNOLÓGICO DE MONTERREY-CCM

El Partido Acción Nacional ha sufrido los estragos de ser el partido gobernante y tener que lidiar con los costos que eso implica. La pérdida de preferencias electorales, no digamos ya de elecciones, ha sido profunda al mismo tiempo que el PRI ha recuperado una posición que no había tenido en años. En buena medida, la lucha interna, presente en todos los partidos, ha evidenciado la falta de mecanismos para procesar conflictos evitando altos costos ante la opinión pública, los electores y sus militantes, pero también una fuerte crisis de confianza entre sus propios dirigentes que ha llevado a la renuncia de algunos y al descrédito de otros.

Si bien la lucha tiene que ver con la lucha natural por el poder, ésta le ha llevado a evidenciar deficiencias y prácticas que parecían ser exclusivas del PRD o del PRI, pero que no son un incentivo suficiente como para mover a la estructura del PAN hacia posiciones más ventajosas para la lucha electoral y el gobierno.

*Ligia Tavera Fenollosa*

FLACSO-MÉXICO

Las derrotas electorales del PAN en Nayarit y el Estado de México en los comicios del 2005, cuando el actual presidente Felipe Calderón era apenas precandidato, lo



llevaron a declarar en el marco del CEN de su partido que “...en la reestructuración que se haga de la estrategia electoral y política el PAN debe regresar a sus principios, valores y orígenes”. Cinco años después ya como titular del Ejecutivo, Calderón y su equipo se encuentran muy lejos de dichas palabras, pues con el objetivo de ganar el gobierno han diseñado una estrategia de alianzas con sus otrora acérrimos enemigos que los estarían llevando a un escenario paradójico: el de ganar perdiendo. Ganar el gobierno, pero perder el partido.

Las paradojas como bien sabemos, son un excelente estímulo para la reflexión y una extraordinaria herramienta para el avance del conocimiento (y de las limitaciones de éste). La crisis del PAN es, sin lugar a dudas, un tema importantísimo sobre el que Víctor Alarcón nos ofrece un diagnóstico muy completo. Sin embargo, mientras el partido azul se debate entre “dimes y diretes” se toman decisiones fundamentales que trascienden el ámbito electoral —al que parece suscribirse la política mexicana en todos los años en que se celebran elecciones y dado nuestro abultado calendario electoral esto aplica para la mayoría de los años

de un sexenio— y que pasan desapercibidas. Tal es el caso de las subrogaciones de los servicios de salud, que aún después de la muy lamentable muerte de 45 niños en la guardería ABC en Hermosillo, siguen haciéndose de manera poco transparente y con los mínimos requisitos en materia de salud y seguridad como en el caso de la atención a enfermos renales. Lo anterior parece indicar que la paradoja de ganar perdiendo implica mucho más que la pérdida de un partido. •

#### Notas

<sup>1</sup> Como lo analizó Jorge Cadena Roa en la colaboración del Seminario México publicada en el número 30 de *Casa del Tiempo* en marzo de 2010.

<sup>2</sup> Véase Soledad Loaeza, *Acción Nacional. El apetito y las responsabilidades del triunfo*, México, El Colegio de México, 2010.

VÍCTOR ALARCÓN OLGUÍN. Politólogo. Profesor-investigador titular del Departamento de Sociología en la Unidad Iztapalapa de la UAM. Es coordinador en funciones del Seminario México, grupo de académicos que analizan mensualmente la evolución política nacional e internacional. Contacto: alar@xanum.uam.mx